



ASALTO Y TOMA DEL MORRO DE ARICA - SE OFRECE RENDICIÓN Y SE RECHAZA

Mauricio Pelayo González (**)



No eran todavía las 7 de la madrugada del sábado 5 de junio de 1880, cuando nuestro estimado parlamentario don J. de la C. Salvo montaba a caballo, y acompañado del ayudante de don Pedro Lagos, capitán don Enrique Salcedo, del alférez del Nº 2 de Artillería, don Santiago Faz, de un abanderado, un corneta y dos ordenanzas, se despedía del señor general en jefe don Manuel Baquedano, de Lagos, Velásquez y demás ayudantes del comandante en jefe.

La partida se efectuó desde el punto en que estaba emplazada la batería de Santiago Frías.

Salvo montaba un hermoso caballo negro retinto; era el que ensillaba Salcedo.

A buen paso descendieron de las alturas del noroeste y sin parar caminaron hasta que llegaron a Quebrada Honda, lugar en que hicieron alto.

Página 1 de 5



Salvo, conocedor a fondo de los reglamentos que rigen en los Ejércitos civilizados, creyendo estar ya adentro de las líneas enemigas, ordenó a su corneta tocarse "Interrogaciones".

Las agudas notas del corneta chileno vibraron en el aire durante más de un minuto; y su clarísimo sonido repercutió en el espacio con la límpida cadencia armónica con que las plegarlas verdaderamente cristianas deben llegar al trono del Altísimo.

Aquella misión era de paz y de concordia.

Los toques guerreros de nuestro trompeta eran una amistosa llamada, que el generoso corazón del general chileno, hacía al comandante peruano, para evitar una inútil efusión de sangre, por medio de su parlamentario.

Incuestionablemente, Salvo y sus acompañantes habían sido ya vistos por los ocupantes, que adentro de la plaza se encontraban; porque momentos después de apagarse las últimas notas del corneta chileno, el mismo toque de interrogación se dejó oír en el real peruano, hacía el lado del Cementerio.

Y al perderse también las últimas vibraciones del guerrero instrumento enemigo, apareció, jinete en un rosado y poderoso caballo, de pura raza peruana, de paso de aguillilla, el coronel don Ramón Zavala primer comandante del batallón Tarapacá, que murió en la acción.

El jefe contrario llegaba acompañado de un corneta del Aroma, que cargaba un capote militar amarillo el capitán don Enrique Salcedo, que es quien nos ha proporcionado estos interesantes detalles.

El coronel don Ramón Zavala avanzó hasta el punto mismo en que el mayor Salvo y su escolta se encontraba; cambió discreto y caballeroso saludo con los nuestros; el mismo vendó la vista al señor Salvo, con su propio pañuelo; e instantes después, la comitiva partió hacia la casa que ocupaba Bolognesi, llevando al mayor Salvo entre ambos jefes enemigos.

Narran los cronistas de la época, que el limpio pañuelo con que el mayor Salvo se dejó vendar, fue cambiado a poco por otro "de tela riquísima y profusamente perfumado" que trajo a galope tendido de la plaza un oficial peruano.



Nuestro parlamentario fue conducido, lo dijimos, donde Bolognesi. La casa habitación de don Francisco estaba ubicada al pie del Morro y "su corredor pintado de azul" daba vista a la calle principal de Arica.

Quitada la venda de los ojos de Salvo, fue introducido a presencia del jefe peruano, que de pie recibió a nuestro enviado.

Bolognesi era un anciano de marcial apostura; de frente ancha despejada, nariz si se quiere recta pero un poco ancha; usaba pera y bigote y tenía todo el aspecto de un viejo veterano.

En esos momentos llevaba un sencillo uniforme cubierto por un paletó azul abrochado militarmente; sus pantalones eran color garanse, es decir, grana o colorado, como los que antaño usamos nosotros, con franja de oro en ambas piernas; y cubría su cabeza el tradicional kepis de estilo francés, llevando al frente el escudo peruano, que era un sol de oro.

"Un momento después, dice don Benjamín Vicuña Mackenna, a quien vamos a copiar esta emocionante página que nadie podrá sobrepujar, el oficial chileno llegó a la presencia del jefe de la plaza; su conferencia fue breve, digna y casi solemne de una y otra parte.

"El coronel Bolognesi había invitado al mayor Salvo a sentarse a su lado en un pobre sofá colocado en la testera de un salón entablado, pero sin alfombra y sin más arreos que una mesa de escribir y unas cuantas sillas.

Y cuando en profundo silencio ambos estuvieron el uno frente al otro, se entabló el siguiente diálogo, que conservamos en el papel desde una época muy inmediata a su verificación, y que por esto mismo fielmente copiamos:

Lo oigo a Ud., señor, dijo Bolognesi, con voz completamente tranquila.

Señor, contestó Salvo, el general en jefe del Ejército de Chile, deseoso de evitar un derramamiento inútil de sangre, después de haber vencido en Tacna al grueso del Ejército Aliado, me envía a pedir la rendición de esta plaza, cuyos recursos en hombres, víveres y municiones conocemos.

Tengo deberes sagrados, repuso el gobernador de la plaza, y los cumpliré quemando el último cartucho.

Entonces está cumplida mi misión, dijo el parlamentario, levantándose.



Lo que he dicho a Ud., repuso con calma el anciano, es mi opinión personal; pero debo consultar a los jefes; y a las dos de la tarde mandaré mi respuesta al Cuartel General chileno.

El coronel Bolognesi, como Lavalle y García Calderón, quería ganar tiempo.

Pero el mayor Salvo, más previsor que nuestros diplomáticos, le replicó en el acto:

No, señor comandante general. Esa demora está prevista (no lo estaba), porque en la situación en que respectivamente nos hallamos, una hora puede decidir de la suerte de la plaza. Me retiro.

Dígnese Ud. aguardar un instante, replicó el gobernador de la plaza. Voy a hacer la consulta aquí mismo, en presencia de Ud.

Y agitando una campanilla llamó un ayudante, al que impartió orden de conducir inmediatamente a consejo a todos los jefes".

Mientras estos llegaban conversaron los dos militares sobre asuntos generales; pero el jefe sitiado insistió sobre la necesidad de regularizar la guerra, lo que pareció traicionar cierta ansiedad por su vida y la de los suyos; mas no se llegó a una discusión formal, porque con dilación de pocos minutos comenzaron a entrar todos los jefes a la sala.

El primero de ellos fue Moore, vestido de paisano, pero con corbata blanca de marino; en seguida Alfonso Ugarte, cuya humilde figura hacía contraste con el brillo de sus arreos; el modesto y honrado Inclán; el viejo Arias; los comandantes O'Donovan, Zavala, Sáenz Peña, los tres Cornejo y varios más.

Cuando estuvieron todos sentados, en pocas y dignas palabras el gobernador de la plaza reprodujo en substancia su conversación con el emisario chileno, y al llegar a la respuesta que había dado a la intimación, se levantó tranquilamente Moore y dijo:

Esa es también mi opinión.

Siguieron los demás en el mismo orden, por el de su graduación, y entonces dejando a su vez su asiento el mayor Salvo, volvió a repetir:

Señores, mi misión está concluida... Lo siento mucho.



Y luego, alargando la mano a algunos de los jefes que le tendían la suya cordialmente, fue diciéndoles sin sarcasmo, pero con acentuación:

Hasta luego.

* Historiador e Investigador, profesor de la Escuela Militar de Chile